



«La mente humana»

Discurso de Juan Pablo II a la V Conferencia Internacional del Vaticano sobre “La mente humana” (1990)

*En el estudio de la mente humana no debemos olvidar
toda la verdad sobre el hombre*

1. Este encuentro, ilustres Señores, con ocasión de la V Conferencia Internacional promovida por el Pontificio Consejo para la Pastoral de los Agentes Sanitarios, sobre «La mente humana», es para mí una grata y preciosa ocasión para expresar y confirmar la viva atención con la cual la Iglesia sigue los problemas de la sanidad y de la salud.

A todos vosotros —científicos, investigadores, estudiosos y pastores de almas— que con apasionada entrega os dedicáis al estudio del tema profundísimo y nobilísimo de la mente humana —en la cual la fe, iluminando las motivaciones racionales, nos ayuda a discernir una de las más altas confirmaciones del origen divino del hombre— van, por tanto, mi alabanza y mi estímulo. De hecho, es para vosotros motivo de orgullo y para todos nosotros de admiración evocar los grandes y audaces logros de este siglo en el conocimiento de la psique humana. El campo ilimitado de las neurociencias —desde la neurobiología hasta la neuroquímica, desde la psicosomática hasta la psiconeuroendocrinología— propicia a la investigación la posibilidad de acercarse de una forma especialmente penetrante al umbral del propio misterio del hombre, que expresara tan maravillosamente San Agustín con las conocidas palabras: «Factus sum mihi metipsi quaestio»; «Yo mismo soy un gran problema para mí» (Soliloquia, II, 34).

2. Precisamente por la grandeza inabordable de la mente humana, el salmista ora así «Al ver tu cielo, hechura de tus dedos, la luna y las estrellas, que fijaste tú, ¿qué es el hombre para que de él te acuerdes, el hijo de Adán para que de él, te cuides? Apenas inferior a un dios le hiciste, coronándole de gloria y de esplendor; le hiciste señor de las obras de tus manos; todo fue puesto por ti bajo sus pies...» (Sal 8, 4- 7; cfr. Jb 7, 17s).

Por esto, constante y coherente es la línea de la reflexión cristiana al asociar estrechamente la alteza de la mente humana a una especial intervención divina (cfr. Gn 1, 26). «Dios, nuestro Creador y Padre —explica Lactancio— dio al hombre la conciencia y la inteligencia a fin de que por ello fuera manifiesto que somos generados por El, quien es inteligencia, conciencia y razón» (De opificio Dei, I, 1-2). Además, ¿no es verdad que el hombre, justamente por la potencia de su mente, llega a Dios? Traspasando los límites del universo, no sólo alcanza a Dios con seguridad, sino que entra en comunión con El en la oración, la cual —según la hermosa expresión de San Juan Damasceno— es, precisamente, «ascensus mentis in Deum», «subida de la mente a Dios» (De fide orthodoxa, III, 24).

Por otra parte, por su semejanza con Dios, revelada por la mente humana, el hombre, como afirma el Concilio Vaticano II, es la «única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo» (Gaudium et spes, 24), de tal manera que «todo lo que existe en la tierra tiene que ser referido al hombre como su centro y cumbre» (ibid., 12). En consecuencia, la plena afirmación de la mente humana, de sus funciones y capacidades, esta' en su derecho-deber de dominar la creación y a sí misma según las finalidades queridas por el Creador (cfr. Gn 1, 28). Es la mente, entonces, la que, siendo capaz de alcanzar a Dios, es al mismo tiempo dueña de la creación; éstas son dos atribuciones de valor incomparable, hasta el punto de colocarla por encima de todas las demás realidades creadas del universo visible.

3. Ahora bien, las neurociencias, que, ilustres Señores, son el campo elegido de vuestra investigación especializada —la cual, puede decirse muy bien, abre nuevos horizontes— no pueden prescindir de estos postulados esenciales e irrenunciables. En otras palabras, para estudiar la mente jamás se podrá descuidar toda la verdad sobre el hombre, en su unidad compacta de ser físico y espiritual; si bien se mueve sobre una base experimental, vuestra investigación no podrá ignorar esta segunda dimensión cualificante.

Hoy se habla de «inteligencia artificial» con referencia a las extraordinarias posibilidades de los «cerebros electrónicos». Conviene seguir recordando, no obstante, que en la base de la informática y de la cibernética esta el dato superior de la inteligencia humana, que, precisamente por su carácter espiritual y su consiguiente irreductibilidad a los solos fenómenos fisicoquímicos, al comprender juzga libremente, al entender puede elegir también y al conocer vislumbra su destino último.

En este sentido escribe San Agustín: «Dios le ha dado al alma humana la mente; en ella la razón y la inteligencia casi están dormidas en el niño, como si realmente no existiesen; con el aumento de edad, han de despertarse y desarrollarse después, para que la mente humana sea capaz de adquirir ciencia y doctrina, hábil para percibir la verdad y amar el bien» (De Civitate Dei, XXII, 24).

Pero para la recta maduración y desarrollo armonioso de la mente humana —y, por tanto, para la plena salud mental del individuo— tiene también una gran relevancia la relación social. A hora, el elemento mediador de una síntesis positiva entre mente y vida social es el amor. Sin amor la inteligencia humana es estéril y fría y termina, inevitablemente, por aridecerse. «La propia fe —en palabras del Apóstol Pablo— se hace operante a través del amor» (Ga 5, 7).

El diálogo interdisciplinar de altísimo nivel, el intercambio de conocimientos y de experiencias y las hipótesis constructivas que habéis formulado en el transcurso de esta Conferencia Internacional —tan representativa de las diversas ciencias que abordan el estudio de la mente humana— no dejarán de favorecer una mayor sensibilidad individual y social ante la problemática vasta y compleja ligada a este tema.

Con las aportaciones convergentes de la farmacología moderna, de la psicología y de la psiquiatría se han establecido también terapias con resultados halagüeños y aplicaciones cada vez más amplias. Para los problemas relacionados con la tan extendida prolongación de la vida se han dado, asimismo, contribuciones farmacológicas y psicoterapéuticas de gran relevancia durante los últimos años en apoyo de la eficiencia de la mente humana.

Este esfuerzo loable de la ciencia producirá' frutos tanto mayores cuanto más profunda sea la convicción de que el origen divino del hombre hace de la familia humana una comunidad de hermanos mediante el vínculo del amor recíproco. E innumerables son las pruebas —rigurosamente corroboradas por la ciencia— de la singular aportación que puede ofrecer el amor, tanto preventiva como terapéuticamente, para superar no pocos disturbios mentales, a menudo causados por una organización desordenada de la vida personal y unas relaciones equivocadas o deficientes establecidas con los demás.

4. Frente a las enfermedades mentales las diversas culturas han reaccionado a menudo negativamente —en el pasado y a veces no dejan de hacerlo hoy también— llevando al aislamiento del enfermo mental y a su marginación. Es éste un drama penosamente advertido, sobre todo por quienes, conscientes de su propia enfermedad o espectadores inermes de su empeoramiento, padecen una soledad hecha más amarga por la cultura imperante de la eficiencia y por una mentalidad que, negándole todo valor al sufrimiento, a veces carga a los enfermos mentales con el peso adicional de un escarnio y desprecio. ¿Y cómo olvidar los grupos cada vez más amplios que, por motivo del aumento de longevidad, ven asimilada su condición de debilidad efectiva y de menor vivacidad intelectual a la de los enfermos o semienfermos mentales?

Tiene que estar claro, en primer lugar, que para sí mismos, para la sociedad y, de forma particular, para la Iglesia, los enfermos mentales son como cualquier víctima de enfermedad, sea la que sea. Además, si bien *senectus ipsa morbus* sigue siendo verdad, los ancianos poseen capacidades y dones y energías restantes —fruto también de su experiencia— que constituyen una auténtica riqueza para las capas sociales más jóvenes.

5. Pasando ahora a la consideración de las debidas formas de actividad asistencial, quiero subrayar la urgencia de una fuerte actuación preventiva. La propia ciencia médica reconoce, por ejemplo, una relación estrechísima entre la manifestación y el empeoramiento de algunas patologías y disturbios mentales y la actual crisis de valores. Lo confirma —por citar un caso— la interdependencia entre el SIDA, la drogadicción y el uso desordenado de la sexualidad. ¿Cómo dejar de hablar de la agresión continuada a la serenidad y al equilibrio mental constituida por modelos sociales que llevan a la instrumentalización del hombre y a condicionamientos peligrosos de su libertad?

Por otra parte, no pocas enfermedades mentales vienen inducidas a menudo —y a gran escala, como demuestran unos datos estadísticos irrefutables— por condiciones antiguas y todavía no remediadas de miseria, desnutrición, deficiencias higiénico-sanitarias, degradación ambiental, etc. Y, desafortunadamente, allí donde la conciencia de estas situaciones insostenibles se ha hecho viva faltan estructuras y personal para una idónea prevención y una terapia eficaz, para afrontar, en fin, la asistencia que le conviene a la dignidad de la persona humana.

6. Mi apelación mas afligida va, por tanto, a los poderes públicos, a los científicos, a los investigadores, a los sociólogos, a todos los hombres de buena voluntad, a fin de que se comprometan a una actuación convergente para conocer mejor la inmensidad y complejidad del problema de los enfermos mentales y para preparar, también

mediante disposiciones legislativas, instrumentos eficaces de intervención con pleno respeto a la integridad y a la dignidad del enfermo.

La Iglesia, que mira a todos los que sufren con la misma atención y solicitud amorosa, invita a privilegiar en la asistencia a quienes, por determinadas enfermedades, conocen el mayor riesgo de marginación y de aislamiento. La Iglesia dirige de forma particular esta invitación a las Ordenes y Congregaciones religiosas masculinas y femeninas que por carisma institucional asisten a los enfermos mentales, sobre todo a los graves. Al reconocerlas y agradecerles por el gran bien que han hecho en este sector, las exhorta a perseverar con renovado ímpetu en este servicio delicado y nobilísimo. La Iglesia transmite igual aprecio y solicitud a los sacerdotes que se dedican a este apostolado, a las asociaciones grupos de voluntarios y movimientos eclesiales y a cuantos, haciendo una elección verdaderamente cristiana, asumen esta tarea merecedora. Los profesionales de la salud, médicos, enfermeros y personal voluntario pueden sentir y vivir este servicio arduo como ocasión para exaltar, a través de la medicina, la grandeza de su profesión y misión.

Una palabra especial de estimación y afecto la dirijo a aquellas familias que, puestas a prueba duramente por la enfermedad mental de un pariente, están dispuestas a asistirlo con amor y viven con humilde discreción, pero con una fuerza de ánimo excepcional, esta condición dolorosa. Que la Virgen Santísima transforme este tipo precioso de solidaridad en un don para toda la Iglesia y la humanidad. El amor cristiano, testificado a través del servicio a quienes sufren en el cuerpo y en el espíritu, nos acerca a Jesucristo, que, encarnándose, escogió la condición de esclavo, marginado y despreciado (Flp 2, 7).

7. Si el sufrimiento es misterio, lo es de forma particular cuando al hombre le ataca las facultades más nobles, y sobre todo la mente. Inclinéndonos ante este misterio, estamos llamados a recoger su lección de vida, que nos lleva a hacer el bien con el sufrimiento y a hacer el bien a quienes sufren (Carta apostólica *Salvifici doloris*, 30).

Toda enfermedad, directamente o indirectamente, agrede a la mente humana, que es el centro del sentir y del entender de la persona. Ilustres Señores, permitid que me dirija, en este momento, con el más profundo afecto, a los que, por incapacidades físicas, por edad avanzada o por la condición de enfermos terminales padecen múltiples experiencias que debilitan, incluso de una forma gravísima, sus facultades mentales. Espero que vuestro estudio e investigación sobre esta parte nobilísima del hombre pongan siempre la mira en la persona humana en su globalidad, puesto que nada puede ser salvado enteramente del hombre si el objetivo no es la totalidad de su ser.

Con este deseo, sobre todos vosotros invoco de corazón la ayuda más viva del Señor Omnipotente, mientras os invito a considerar la experiencia vivida en estos días como una ocasión positiva y animadora para consolidar vuestras relaciones recíprocas, coordinar vuestras aportaciones y unir vuestras fuerzas en el servicio del hombre que sufre.

Que la Virgen Santísima, «Sedes sapientiae» y «Salus infirmorum», acompañe vuestra labor cotidiana, sobre la cual, por la intercesión de Ella, imploro los favores celestes.